

un contrato por 24.000 libras anuales, para que todos los días se le facilitara una toca nueva. El cardenal de Rohan tiene una alba bordada á punto de aguja que se valora en más de 100.000 libras y su batería de cocina es de plata maciza; cosa que puede verse en Mme. Oberkirk I, 129 y II, 257. Nada más natural con la idea que del dinero se tenía entonces; economizado, amontonado, era en vez de un río, un mar inútil y que olía mal. Habiendo dado la reina al delfín un carruaje cuyos marcos eran de plata dorada adornados de rubíes y záfiro, decía ingenuamente: «¿El rey no te ha aumentado mi pensión particular de 200.000 libras? no será ciertamente porque yo las economice.» Antes se las echaría á la calle. Y esto es lo que hizo el mariscal de Richelieu con la bolsa que había dado á su nieto y que éste volvió intacta por no haberla sabido gastar. A lo menos esta vez el dinero aprovechó al barrendero que pasaba y la recogió. Pero á falta de un transeunte que la recogiera se la hubiera echado al río. Así se deduce de los *Recuerdos de Felicia*, de Mme. Genlis, 80 y del *Teatro de la educación*, II, 367. Una honrada señorita en 10 meses contrajo deudas por valor de 70.000 francos. «Por una mesita, 10 luises; por un neceser de costura, 15; por un escritorio, 800 francos; por una pequeña escribanía, 200; por otra mayor, 300. Por una sortija de reloj, cadena, brazaletes, sello, collar y cajita, todo de pelo, 9.900.» Un día, delante del príncipe de Conti, Mme. de B., dejó comprender que deseaba tener la miniatura de un canario en una sortija; el príncipe se ofreció á dársela; el ofrecimiento fué aceptado bajo la condición de que la miniatura había de ser sencilla y sin brillantes.

En efecto; no era más que un pequeño anillo de oro, pero para cubrir la pintura y á manera de guardapolvo hacía las veces de cristal un grueso diamante debidamente adelgazado. Pero como madame de B. devolviera el diamante: «El príncipe de Conti lo mandó á reducir á polvo y con él secó la tinta de la carta que á este propósito escribió á Mme. B.» Estos pocos granos de arenilla costaban cuatro ó cinco mil libras, pero fácil es comprender el efecto y el tono de semejante billete. Precisa es una extremada profusión en una suprema galantería, y se es tanto más hombre de mundo cuanto menos se es hombre de dinero.

III

En un salón, la mujer de que menos se ocupa un hombre es la propia y vice-versa; y la razón de ello

está en que en un tiempo durante el cual sólo para la sociedad y en la sociedad se vive, no hay espacio para la intimidad conyugal. Por otra parte, cuando los esposos ocupan una posesión elevada, la costumbre y el decoro los separan. Cada uno tiene su casa particular ó cuando menos su departamento, sus criados, su tren, sus recepciones, su sociedad distinta, y como la representación entraña la ceremonia, son entre sí por respeto á su categoría, ni más ni menos que extraños bien educados. Se hacen anunciar respectivamente cada uno en las habitaciones particulares del otro, se tratan de «Señora y señor,» no sólo en público sino también en privado; se encogen de hombros cuando á sesenta leguas de París hallan en algún viejo castillo una provinciana bastante mal educada para llamar «amigo mío» á su esposo en presencia de los demás, y así lo describe Mme. de Genlis en su *Adela y Teodoro*. Separadas ya en el hogar las existencias de uno y otro divergen más allá de él por una separación cada vez creciente. El marido tiene su gobierno, su mando, su regimiento, su cargo en la corte que le retienen fuera de su casa; sólo durante los últimos años consiente la esposa en acompañarle á la provincia ó á la plaza que guarnece; y aún así, la primera que dió ejemplo de ello, que lo fué madame Avaray, hermana de la de Genlis, fué muy murmurada por esta razón. Y con tanto mayor motivo existe aquella separación, cuanto que también á su vez la esposa está ocupada y tan gravemente como el esposo por algún empleo cerca de una princesa muchas veces, y siempre por alguna recepción importante que debe dar. En aquel tiempo la mujer es tan activa como el hombre, en la misma carrera y con las mismas armas que son la palabra flexible, la gracia seductora, la insinuación, el tacto, el exacto conocimiento de la oportunidad, el arte de agradar, de pedir y de obtener; no hay señora de la corte que no confiera regimientos y beneficios. En la *Roma, Nápoles y Florencia*, de Stendhal, se leen á este propósito las siguientes líneas: «Cuando llegué á Francia acababa de terminar el reinado de M. de Choiseul. La mujer que lograba parecerle amable ó agradar siquiera á la duquesa de Gramont su cuñada, estaba segura de nombrar todos los coroneles y tenientes generales que quisiera. Las mujeres tenían importancia hasta á los ojos de la vejez y del clero, estaban familiarizadas de una manera sorprendente con la marcha de los negocios; se sabían de coro el carácter y las costumbres de los ministros y de los amigos del rey. Uno de ellos al volver á su castillo de regreso de

Versalles hablaba á su mujer de todo lo que le había ocupado; entre nosotros, le dice alguna palabra acerca de sus acuarelas ó se queda silencioso y macilento reflexionando en lo que acaba de oír en el Parlamento. Nuestras pobres ladis están abandonadas á la compañía de esos hombres frívolos que por su poco atrevimiento se han encontrado apartados de toda ambición y por consiguiente, de todo empleo.» Bajo este aspecto, la mujer tiene su cortejo personal de pretendientes y protegidos, y lo mismo que su marido, sus amigos, sus enemigos, sus ambiciones, sus disgustos y sus rencores propios, nada más eficaz para desunir una familia que esta semejanza de ocupaciones y esta separación de intereses. De esta manera aflojado, el vínculo acaba por romperse bajo el ascendiente de la opinión. «Es de buen tono el no vivir juntos,» concederse mutuamente una completa tolerancia, darse por entero á la sociedad. En efecto, la buena sociedad es la que entonces forma la opinión y por ello impulsa ésta á los usos de que necesita. Hacia la mitad del siglo, el marido y la mujer vivían en el mismo palacio, pero nada más. «Jamás se veían, nunca se les encontraba en un mismo carruaje, ni en las mismas habitaciones, ni con mayor razón, reunidos en un sitio público.» Una profunda afición habría parecido rara, hasta «ridícula,» y de todos modos, inconveniente; hubiera chocado como un aparte serio en la corriente general de una conversación alegre. Debíase uno á todos los demás, y aquello era aislarse; cuando se está en compañía no se tiene derecho á conversar aparte, y apenas si se hubiese eso consentido á dos amantes durante algunos días. Y hasta esto era mal mirado, se juzgaba que estaban sobrado absorbidos mutuamente; su preocupación esparcía en torno suyo «la insolencia y el fastidio; era necesario observarse, retenerse en su presencia.» Se les «temía.» Así se deduce de lo que escribe Benzeval, 49, 60 y también lo comprueba Barbier, IV, 496 cuando escribe que «de veinte cortesanos hay quince que no viven con sus mujeres y tienen queridas,» y que «nada es tan común como eso en París hasta entre los particulares.» La buena sociedad tenía las exigencias de un rey absoluto y no consentía en partir con nadie. «Si las costumbres perdían con ello, dice un contemporáneo, M. de Benzeval, la sociedad ganaba infinito; desembarazada de las trabas y del frío que introduce en ella la presencia de los maridos, era extremada su libertad; la coquetería de hombres y mujeres sostenía su vivacidad y proporcionaba diariamente atractivas aventuras.» Nada de celos ni aún en amor. «Que dos se

gustan, se avienen; se fastidian uno de otro, pues, se separan con la misma frescura con que se unieron. Que vuelven á gustarse, se avienen otra vez con tanto ardor como si fuese la primera. Sepáranse otra vez aún, y nunca se descomponen. Como se han unido sin amor, se separan sin odio, y de la pequeña simpatía que se han inspirado, sacan al menos la ventaja de estar siempre dispuestos á complacerse.» Así lo dice Crebillon, hijo, en su *La noche y el momento*, IX, 14. Por lo demás, se respetan las apariencias. Un extraño que no estuviese prevenido, nada hallaría allí de sospechoso. «Se necesita, dice Horacio Walpole, una excesiva curiosidad ó una gran costumbre para hallar aquí el más insignificante vínculo entre uno y otro sexo. No se permite ninguna familiaridad, como no sea bajo el velo de la amistad, y está tan absolutamente prohibido el vocabulario del amor, que sus ritos, á primera vista, parecen serlo.» Esto se halla comprobado por los *Recuerdos* I, 165, de la señora Vigée Lebrun, según la cual, el duque de Brissac, en Louveciennes, amante de la señora del Barry y perdidamente enamorado de ella, guardaba ante la misma el aspecto de un extraño bien educado. Hasta en casa de Crebillon, hijo, hasta en casa de Laclous, hasta en los momentos más álgidos, los personajes no hablan sino en términos respetuosos é irreprochables. La indecencia que está en las cosas no se encuentra en las palabras, y el lenguaje de las conveniencias se impone, no sólo á las explosiones de la pasión sino también á las groserías del instinto. Así, los sentimientos más ásperos por naturaleza perdieron su aspereza, de sus restos adornados y finos se hicieron juguetes de salón que blancas manos arrojan, se devuelven y dejan caer cual alegre volante. Necesario es oír á este propósito á los protagonistas de la época; su tono ligero y desenvuelto es inimitable y les retrata tan bien como sus hechos. «Yo me entendía de una manera muy honesta y hasta disimulada con la señora de Lauzun; tenía muy públicamente á la señora de Cambis de la que me cuidaba muy poco, y entretenía á la pequeña Eugenia á quien amaba mucho; jugaba fuerte, hacía mi corte al rey y cazaba con toda puntualidad con él.» Otros ejemplos hallamos en de Lauzun, 51, en Champfort, 39. La señora de Oberkirk, II, 135, 241 dice que «el duque de... cuya mujer acababa de dar un escándalo, quejose de ello á su suegra, y ésta le contestó con la mayor sangre fría:—«Vaya señor, que metéis mucho ruido por muy poca cosa. Vuestro padre era mejor amigo que vos.» También cuenta Sénac de Meilhan en sus *Consideraciones*

sobre las costumbres, que «un marido decía á su mujer: «todo os lo permito menos los príncipes y los lacayos.» Estaba en lo cierto, estos dos extremos deshonran con su escándalo. Finalmente, dice de Goncourt en *La mujer en el siglo XVIII*, 201, que «un marido sorprendiendo á su mujer, le dice sencillamente: «¡Qué imprudencia, señora!... ¿y si hubiese sido otro?...» Por lo demás, se tenía para con los

otros la indulgencia de que uno necesitaba para sí. «A un marido que hacía diez años no había visto á su mujer, se le preguntaba qué contestaría si ésta le escribiera diciéndole: acabo de conocer que estoy en cinta; el interpelado, después de reflexionar, exclamó: escribiríale: «me alegro de que por fin haya el cielo bendecido nuestro matrimonio; cuidad de vuestra salud; esta noche iré á visitaros.» Hay



D' HOZIER, genealogista de la casa real

veinte contestaciones iguales, y me atrevo á asegurar que antes de leerlas nadie podría figurarse hasta qué punto el arte social puede dominar el instinto natural. «Aquí, en París, escribe la señora Oberkirk, no me pertenezco á mí misma, apenas si tengo tiempo de hablar con mi marido y contestar mis cartas. Yo no sé cómo hacen las mujeres cuya vida habitual es ésta; ¿no tienen familia que cuidar ni hijos á quienes educar? Por lo menos hacen como si los tuvieran y lo mismo los hombres. Esposos que no viven juntos tampoco viven mucho con sus hijos, y las causas que destruyen el matrimonio, destruyen también la familia. En primer lugar, hay la tradición aristocrática, que entre los padres y los hijos

pone una barrera en vez de una distancia. Esta tradición aunque debilitada y con tendencia á desaparecer, subsiste aún. El hijo llama «Señor» á su padre; la hija va á besar respetuosamente la mano á su madre en su tocador. Dice Chateaubriand, en sus *Memorias* I, 17, 28, 130. «Mi madre, mi hermana y yo, convertidos en estatuas por la presencia de mi padre, no recobrábamos nuestros sentidos hasta después de su partida.» Mirabeau en las *suyas*, I, 53, decía de su padre Antonio: «Nunca he tenido el honor de tocar la mejilla de este hombre venerable... En la Academia, estando á 200 leguas de él, su solo recuerdo me hacía temer toda muchachada que pudiera tener consecuencias algo peligrosas.» Una

caricia es rara, y parece una gracia; por regla general, los hijos en presencia de los padres permanecen silenciosos y el sentimiento habitual que experimentan, es el de una temerosa deferencia. En otro tiempo eran vasallos, hasta cierto punto lo son aún, y las nuevas exigencias de la vida de buena sociedad, acaban de ponerlos ó mantenerlos á un lado. Decía M. de Talleyrand, que nunca había dormido bajo el mismo techo de sus padres. Pero si dormían

en él, no por eso estaban menos olvidados de su hijo. «Fuí confiado, dice el conde de Tilly, á los criados y á una especie de preceptor que se parecía á ellos bajo muchos conceptos.» Durante este tiempo su padre se distraía. «Le conocí queridas hasta una edad muy avanzada, añade el joven; á todas las adoraba y abandonaba sinceramente.» El duque de Byron, opina que es embarazoso hallar para su hijo un buen preceptor, y por esta razón, según escribe aquél,



En la Corte

«dió el empleo de tal á un lacayo de casa mi madre que sabía leer y escribir medianamente y á quien se condecoró con el título de camarero para darle mayor consideración. Por otra parte, se me dieron los maestros más afamados, pero M. Roch (este era el nombre de mi mentor), no alcanzaba á dirigir sus lecciones ni á ponerme en situación de aprovecharlas. En lo demás era como todos los hijos de familia de mi edad y de mi posición; los más lujosos trajes para salir, desnudo y muriéndome de hambre en casa.» Para comprobar tales hechos, no hay más que consultar á Sainte-Beuve en sus *Nuevos Lunes*, XII, 13, al conde de Tilly en sus *Memorias*, I, 12, á la señora Genlis en las *suyas*, y otros varios testimonios. La atención se dirige al exterior, no por dureza de alma sino por olvido, disipación y desor-

den caseros. Podrían contarse los padres, que como el mariscal de Belle-Isle, velan con sus ojos y guían por sí mismos con método, severidad y ternura, la educación de sus hijos. En cuanto á las hijas, se las mete en un convento; descartadas de este cuidado quedan los padres con mayor libertad; y aún cuando sostengan esta carga no les es muy pesada. Una niña, Felicidad de Saint-Aubin, según la señora Genlis, no ve á sus padres «sino en el momento de levantarse y á las horas de comer,» y es porque tienen ocupado todo el día; la madre hace un recuento de sus visitas, el padre permanece en su gabinete de física ó está de caza. Hasta los siete años pasa el niño su vida con camareras que no le enseñan otra cosa que un poco de doctrina «con un infinito número de cuentos de aparecidos.» Al llegar